

Enrique Herreros

EL SÁBADO, A LA SIERRA



Comunidad de Madrid
CONSEJERIA DE MEDIO AMBIENTE
Y ORDENACION DEL TERRITORIO



Real Sociedad Española de Alpinismo
PEÑALARA

**EL SÁBADO,
A LA SIERRA**

Enrique Herreros

EL SÁBADO,
A LA SIERRA



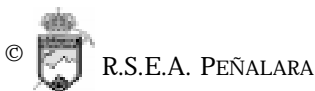


CLÁSICOS DEL GADARRAMA

**En recuerdo del Centenario de su nacimiento
(1903-1977)**



**Biblioteca
virtual**



Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/publicamadrid

Edita: Dirección General de Promoción y Disciplina Ambiental

ISBN: 84-451-2713-6

Depósito Legal: M. 52.579 - 2004

Imprime: Imprenta TARAVILLA (Antiguos Talleres de Galo Sáez)

Tirada: 1.500 ejemplares

Fecha de edición: diciembre, 2004



PAPEL RECICLADO
LIBRE DE CLORO

ENRIQUE HERREROS Y NUESTRO GUADARRAMA

Este libro de Enrique Herreros es, sin duda, un mensaje de concordia. Es, también, un canto continuado a los efectos benéficos que la montaña ejerce sobre el hombre, así como de la capacidad que tienen las cumbres para modelar y fortalecer el carácter humano.

Su sosegada y atenta lectura transmite, con acierto, la capacidad de las montañas en general, y de las guadarrameñas en particular, para mostrar la convivencia entre los ciudadanos, los de Madrid y los de Segovia. Una vez más, es justo reconocer que la Sierra de Guadarrama han proporcionado no solo un marco ideal para el ocio y el esparcimiento desde los tiempos más primigenios, sino que a la vez han propiciado la existencia de un universo cultural en torno suyo digno de consideración.

Parece evidente que las dificultades que se abordan hoy en torno a la conservación de la Sierra, son diferentes a las que tuvo que afrontar la sociedad de Herreros en los años cincuenta. El enfoque ha cambiado en buena medida: si ayer dominaban las actividades de explotación de este espacio, hoy impera un palmario sentimiento conservacionista ligado, como es lógico, a la necesidad de lograr el desarrollo sostenible de la Sierra de Guadarrama. Sin embargo, permanece inalterable un elemento común a todo ello, cual es que las ilusiones son las mismas.

Por último, es necesario seguir poniendo de relieve que debemos ser capaces de mantener el modelo de convivencia ligado a este espacio, y profundizar en él, pero ha de hacerse sobre la base de conjugar la misma con el estricto respeto al entorno y los paisajes montañosos que configuran la Sierra de Guadarrama.

MARIANO ZABÍA LASALA
Consejero de Medio Ambiente
y Ordenación del Territorio
de la Comunidad de Madrid

EL SÁBADO, A LA SIERRA... Y EL DOMINGO, TAMBIÉN

Recordemos que en el periodo comprendido entre 1951 y 1956 colaboraba en el diario *Arriba* junto a Enrique Herreros la siguiente pléyade: Ramón Gómez de la Serna con sus *Greguerías*, César González-Ruano con sus *Conversaciones*, Eugenio D'Ors y su *Novísimo glosario*, Camilo José Cela, Mariano Rodríguez de Rivas, José María Sánchez Silva y Rafael García Serrano, entre otras primeras figuras de las Letras españolas. Dicho esto, es ineludible mencionar la significación, tanto literario-periodística como deportiva, que tuvieron estas columnas sabatinas en su día.

En este volumen tenemos el honor de recoger, por primera vez, la totalidad de su colaboración con el periódico: un conjunto de artículos, ilustrados por él mismo, cuyo prestigio alcanza cotas casi legendarias. Enrique Herreros es una figura intelectual y humana que aún hoy es una gran desconocida por el gran público, ya que no para las instancias culturales y públicas, lo que implica una enorme injusticia. Guadarramista hasta los tuétanos, persevera su presencia en el diario *Arriba* con un columnario no sólo ya de enorme popularidad en su época, sino que todavía mantiene la vigencia, si no en todo, sí en buena medida; y cuando no, nos sirve como testimonio insustituible para profundizar en nuestras raíces.

La temática que abarcan sus colaboraciones es de la más variada índole. Igual toca la formación geológica de La Pedriza que le invade la añoranza de la Sierra en una fiesta, o nos regala el atinado comentario de la última carrera de eslalon acontecida el domingo precedente. No se olvide un instante que Enrique Herreros fue un gran montañero amante de la naturaleza y de la vida: la amplitud de su mirada es tan grande como la bondad de su pluma.

¿Qué puedo decir de su estilo? No soy yo el más indicado para elogiarlo. A través de la lectura deliciosamente dosificada en

breves párrafos, se aprecia la talla de Herreros, tanto humana, como excursionista y literaria. Su prosa es sencilla, huye del rebuscamiento y, en algunas ocasiones, logra una cotas excelsas muy difícilmente igualables. Es decir, no tiene desperdicio. Por eso, estaremos con Enrique Herreros, nuestro Herreros, el sábado, pero también el domingo... y el resto de la semana..., hasta acabar este maravilloso libro.

JOSÉ LUIS HURTADO
Presidente de la RSEA Peñalara

¿POR QUÉ ARRIESGAR LA VIDA?

¿Por qué?, me pregunto. ¿Por qué arriesgan la vida para subir una Montaña? Tantas voces oye el montañero esta pregunta al hablar con un profano que, en la mayoría de los casos, la contesta en una sonrisa un poco idiota y con un encogimiento de hombros.

Efectivamente: ¿Por qué?, pregunta también a sí mismo el montañero. Es muy difícil de decir en la ciudad o en el llano lo que «Allá» se siente.

Cómo hacerle comprender a nadie, que no ha visto de cerca una montaña nevada, que no ha cruzado el fantasmagórico mundo de un glaciar, lo que se experimenta en el corazón y en los sentidos de un montañero cuando lo realiza.

Es muy difícil de hacer entender a nadie, acostumbrado al toma y daca ciudadano, lo que es vivir unos momentos arriesgados y desinteresados.

Concebir pensamientos embriagados y sentir que la sangre circula tumultuosamente por las venas al estar rodeado en el ambiente solitario y solemne de una pared rocosa que conserva la primitiva belleza desde la formación del mundo, sin tener que sufrir contaminaciones, ni padecer anuncios publicitarios.

«Allá» se está en contacto perenne con la verdad desnuda. «Allá» el egoísta, el vanidoso, el embustero, se diluye; se queda más aislado que la una. Opuestamente, el montañero buscando la cumbre lo comparte todo con sus compañeros. Se encuentra ante la Belleza en estado puro. Oye hablar a la obra escultórica de la piedra que talla en su arriesgado ascenso.

La depresión maníaca no significa más que un monumental amor a uno mismo. Es un egoísmo psicopático en el que no se piensa en absoluto en los demás, ni se presta la menor atención al dolor que uno puede causar a sus familiares y amigos. Para los montañeros, el egotismo y el egoísmo no deben tener nunca

un puesto en la cordada. Aunque, en el curso de mi larga carrera, no he encontrado la manera de «airearlo».

Me explayaré indicando que lo enrevesado de un genio como Aldous Huxley es que su importante obra literaria no se halla libre de plantear esa culpa. Así lo propone, por ejemplo, en *Contrapunto* cuando afirma que «el acontecimiento es modificado cualitativamente por algún procedimiento indescriptible». En esa aparición de lo que no está aún descrito, ¿cabría el egoísmo? Creo que sí.

Podríamos agregar que Madame Curie tenía amorosas entrevistas con el joven ayudante de su sabio marido. ¿Qué mayor egoísmo que desdeñar y sustituir la culta presencia de ese marido por la savia, posiblemente, infatigable del jovencuelo? Burla, burlando, el seguro bienestar con Pierre Curie quien, entre otras muchas cosas, fue el descubridor de la «piezoelectricidad», que, por supuesto, yo no sé lo que es, aunque debió ser algo prodigioso y sorprendente en su día

Jeannette MacDonald, la dulce protagonista de tantos musicales de la Metro, a quien no podemos olvidar contemplarla como aquella suave muchacha en *Rose Marie*, la de *I love you*, y entregada compañera de Clark Gable en *San Francisco*. Según las apariencias cinematográficas, parecía un dulce pichón en la pantalla. Pero, mira por dónde, en 1958, cuando el director americano Tony Mann, me invitó a pasar una temporada en su casa de Cold Water Canyon, me enteré de que todo Hollywood la llamaba «la mariposa de acero». ¿Qué cosas?...

En aquellos días californianos, leí en el libro de Anita Loos, *Adiós a Hollywood con un beso*, donde la autora preguntaba: ¿Qué condiciones se precisan para ser un buen banquero?

Sencillamente, la circuncisión.

ENRIQUE HERREROS

Ex presidente de la R. S. E. de Alpinismo Peñalara

Nota: *Ante la importancia que tiene este libro para ti, al recoger todos tus queridos El Sábado, a la Sierra que cariñosamente, han actualizado la Comunidad de Madrid y tu entrañable Peñalara.*

Me he permitido saltarme tu silencio a la torera y entregar este texto inédito para que enriquezca más aún la edición de los «Sábados» y, al mismo tiempo, los viejos de ahora te recordemos como si te volviéramos a ver y los jóvenes te puedan comprender y vayan descubriendo tu Arte. El original estaba bien guardado entre otros muchos escritos que nunca se publicaron; porque tu laboriosidad «galaica» los creaba para ti mismo y para regocijo de tu maravilloso mundo privado, tan madrileño como montañero. Dormía junto a tu comedia en tres actos que dejaste sin estrenar y se titulaba Si no atardeciera; cerca del guión de Bajos fondos que la muerte de D. Luis Vallejo, responsable de aquel Filmófono inolvidable, te impidió plasmar en la pantalla con Nati Mistral y adelantándote con ello diez años a El último cuplé. Reposaba cerca de los muchos y acertados artículos que escribiste sobre Hollywood, sus gentes y sus cosas, durante tu estancia en Beverly Hills; a un lado de tu novela Diarios íntimos de Abelarda y Eloíso, la graciosa historia de un amor imposible. Y se hallaba no muy lejos de donde guardabas dos de tus tres Quijotes ilustrados, y que estaban aún sin editar; pero mi constancia —herencia tuya— decidió hace ya unos años sacarlos a la luz para que los habitantes de estos tiempos, que están rebosantes de esnobismo, pudieran comprobar tu gran calidad como ilustrador.

Recuerdo que, en más de una ocasión, me mandaste llevar algún viernes por la tarde a la redacción de Arriba un tardío original de El Sábado, a la Sierra que se había quedado retrasado en tu tintero y te lo reclamaban para la edición mañanera del día siguiente.

En tu nombre, en el de los dos Herreros, tal como nos llamaban, damos las gracias a la Comunidad y a tu amada Sociedad por haberlos recopilado y evitar así que se perdieran en el túnel del tiempo.

*Nuestro agradecimiento a Esperanza Aguirre, José Luis Hurtado, Juan José Zorrilla y Santiago Tutor, «almas máter» de este bello libro...
Tu hijo,*

ENRIQUE

Una charla con su hijo

ENRIQUE HERREROS, «EL BUEN PADRE»

Enrique Herreros (1903-1977) en realidad se llama Enrique García Herreros Codesido. Antes de nada hay que subrayar que esta semblanza de Enrique, gran parte por boca de su propio hijo, Enrique también, no se ha podido decantar exclusivamente hacia el montañismo o su papel en la Sierra. Porque reducir la personalidad de Herreros a su pasión por la montaña es mutilarlo.

Así, nos dirigimos a la calle madrileña de Albuquerque, donde una placa del Ayuntamiento da testimonio desde 1992 de que Enrique Herreros vivió aquí. En el número 8. Cuando se traspasa el amplio portal y se van subiendo las escaleras —en Madrid no hay rascacielos como para excusar a un alpinista el coger ascensores—, es fácil imaginarse a un Enrique Herreros bajando estos mismos peldaños de dos en dos, con una gran morralón al hombro, dirigiéndose más que contento a emprender una excursión. Quizá por eso aunque el inmueble tiene dos huecos, nunca hubo más que un ascensor... y a él le sobraba. Poco después, nos lo dirá su hijo, Enrique Herreros asimismo: «En Albuquerque rezuma el espíritu de Enrique Herreros, sí».

En efecto, nos ha abierto la puerta Enrique, que es casi como un vivo retrato de su padre. Lo recuerda muchísimo. Honra a un bastón. En breve lo van a operar, una vez más, de la rodilla. O estará recién operado, pues por las visitas que lleva al quirófano siempre anda, mejor dicho, cojea, en una de estas dos situaciones... Montones de papeles, incluso una fotocopidora, forman una trinchera continuada a lo largo de un enrevesado pasillo. Por las paredes cuelgan unos cuantas decenas de carte-

les y objetos diversos en los que se ven a otros tantos personajes de la historia del cine, una de las pasiones de los Enrique Herreros, padre e hijo. Por el rabillo del ojo, mientras se camina, se distinguen fotos con autógrafos de Chaplin, Keaton, Hitchcock, Brigitte Bardot, Liz Taylor, Sophia Loren, Romy Schneider, Jaime de Mora y Aragón...

En el amplio despacho, alumbrado tenuemente con dos grandes faroles, como los que animaban las calles madrileñas, sobre los que el polvo se empeña en dejar una veladura pálida, se ven cientos de libros y carpetas. Las persianas están echadas y se respira un aire mortecino y como intemporal, más allá de la mudanza de la luz. En los lomos brillan los nombres de Antonio de Lara «Tono», de Miguel Mihura, de Enrique Jardiel Poncela, de Wenceslao Fernández Flórez, de Álvaro de Laiglesia, de Edgar Neville —conde de Berlanga, ni más ni menos—, del propio Enrique Herreros... ¡Qué grandes! ¡Y qué grandes olvidados! Alguno los llama «la otra generación del 27», humoristas superlativos, absurdos hasta el vitriolo y agitadores de lo cómico desde los más hondos redaños, pero en un blanco y negro perturbador, regodeándose casi en la grisalla de una postguerra eterna. Más allá, otras docenas de anaqueles abigarrados están invadidos por voluminosos tomos dedicados al cine (del celuloide al cuché)... Ya en rústica, aquí, Galdós; allá, Ciro Bayo; entre medias, España entera. Por el suelo, más libros, revistas encuadernadas con el cuero ya añoso que harían las delicias de cualquier bibliófilo, manuscritos y folios mecanografiados y con tachaduras. Sólo falta colgarlos del techo (pero ahí están los faroles, ya se dijo, grandes cada uno como el ojo de Dios). Una máquina de escribir, de ésas verdes como opulentas ranas con dentadura, y un ordenador —«*estoy prostituido*», declarará Enrique hijo— mantienen las distancias en sendas esquinas de lo que, según se adivina, es una gran mesota asediada por mesitas auxiliares. Las butacas no pueden ser más cómodas. El teléfono suena periódicamente, pero nos salva el contestador. Sin embargo, ésta no es la biblioteca de Enrique Herreros, sino la de Enrique Herreros...

el hijo. «*Son principalmente libros de trabajo y volúmenes relacionados con temas que me interesan, cinematográficos sobre todo. Los libros de montaña y de literatura de mi buen padre están en la otra ala de la casa. De todos modos, el meollo de esta biblioteca sí que lo ha vivido él*».

Ante el magnetófono, un hombre que ha participado en la selección nacional de rugby y que ha sido, además de abogado y periodista de *ABC* y *Gaceta Ilustrada*, casi de todo dentro del cine: promotor, representante —entre otras artistas, de Carmen Sevilla—, publicitario y productor. Sus memorias, las memorias de «su» Hollywood y del cine español durante medio siglo, están en las 419 páginas de *Hay bombones y caramelos, bar en el entresuelo*: celuloide puro, pura vida hecha palabra. Ha repartido su domicilio entre Madrid, París, Buenos Aires, Tokio, Río de Janeiro y Los Ángeles —«donde he sido muy feliz»—. Con todo, este hombre que dirigió las promociones que llevaron a conseguir la mítica estatuilla a *Volver a empezar*, de Garcí, y *Belle Epoque*, de Trueba, como refleja en su libro *Dos Oscar españoles y quince nominaciones*, se dedica en exclusividad en cuerpo y alma a trabajar por la memoria de Enrique Herreros. No hay más que leer los párrafos en cursiva tras las respectivas rayas de rigor en esta semblanza, para darse cuenta cabal de tal empeño. Glorioso, admirable (otros hijos se limitan a meter en una saca las pertenencias paternas y, con suerte, postergar para mañana tirarla a la basura).

—*Mi padre nace el 29 de diciembre de 1903, en la calle de San Andrés del barrio madrileño de Malasaña. Somos ambos hijos únicos. Aquí vinimos a vivir mi padre y yo en 1941, pero no en esta parte de la casa, que adquirí con posterioridad, sino en la otra. Ambas están conectadas.*

El 29 de diciembre, no ése sino otros, nacen también Zumalacárregui, el carlista; la marquesa de Pompadour, amante de Luis XV; Tomás Bretón, el de *La verbena de la Paloma*; Pau Casals, el maestro del violonchelo... y se proclama Alfonso XII rey en Sagunto. A Enrique le faltó redondear lo del natalicio

adelantándolo al 28, día de los Santos Inocentes, pues toda su vida, bien mirada la cosa, no dejó de ser una maravillosa inocentada.

—¿De dónde procedía su familia?

—*Doña Blanca Codesido era nacida en Madrid de padre y madre de La Coruña; aunque ella era más gallega que doña*

